

Antón Saavedra

Secuestro del Socialismo



Para él, la ideología era algo secundario, aunque sabía utilizarla cuando le interesaba. En fin, que aquellos aprendizajes en los sótanos de la catedral de Sevilla bajo las lecciones marxistas que impartían los hombres de la CEDA, como su preceptor Manuel Giménez Fernández, habían sido débiles y su radical verborrea no sobrevivió a los años de la transición.

Lo demás ya se sabe. El sector crítico no abrió la boca en el congreso de septiembre. Luis Gómez Llorente abandonó prácticamente la actividad política partidaria y Pablo Castellano adoptó un silencio incomprensible a todas luces; otros fueron expulsados injustamente, como Luis Alonso Novo, el más activo militante del verdadero PSOE y hombre de la máxima confianza de González cuando aterrizó en Madrid; y otros se marcharon, un minuto antes de que los echaran.

Se puede afirmar a modo de colofón de este capítulo que a partir del *veintiochocongresosymedio* el PSOE ya no asustará a la Iglesia, ni a los banqueros, ni al Ejército. A ese PSOE de Felipe González sólo lo pueden temer los trabajadores españoles, como se ha demostrado a lo largo de sus años de Gobierno.

5

CON FLICK, CON FLOCK Y LA CIA

La financiación irregular del PSOE se remonta a los primeros años de la transición hacia la implantación de la Monarquía democrática. El «caso Flick» dejó traslucir, en su momento, que la socialdemocracia alemana había ayudado a sus colegas españoles durante aquellos años de la «clandestinidad consentida al PSOE por las autoridades franquistas» y en el periodo de la transición. Años más tarde, ya en el poder, Felipe González estrenaría su cátedra de la mentira —en sustitución del conocido Pinocho— negando la evidencia al contradecir las declaraciones del diputado socialdemócrata Peter Struck ante el Parlamento de la República Federal Alemana en Bonn.

Aquel día, 14 de noviembre de 1984, afirmaba ante las Cortes españolas no haber recibido de la Fundación Ebert, ni de Flick, ni del partido socialdemócrata alemán, un solo marco, ni un duro, ni una peseta, permitiéndose bromear con aquello de «ni Flick, ni Flock». Claro que, tratando de adular a su jefe de centuria, más gratiosos resultarían los «convincientes» argumentos esgrimidos por el pelotillero de turno, en aquella ocasión el secretario general de Castilla-La Mancha, Hernández Moltó, cuando soltó aquello de: «Nosotros, los socialistas, siempre hemos mamado ética». Uno no sabe si se refería a la tanta ética que le había tocado vender a Felipe González por mandato de la computadora neoyorquina instalada en la planta 72 del rascacielos 666, pero la verdad es que escuchada y leída semejante majadería, a uno se le ocurre pensar que la leche mamada estaba adulterada, o el periodo de lactancia fue demasiado breve.

La realidad es que los alemanes, que no se caracterizan precisamente por sus veleidades, a finales de mayo de 1990 hicieron público el resultado de las investigaciones de la fiscalía, según los cuales entre 1978 y 1985 habían entrado en España 22 millones de marcos para financiar al PSOE a través de la Fundación Friederich Ebert. Mucho más explícito resultó ser el mismísimo ex canciller de la República Federal Alemana, el socialdemócrata Helmut Schmidt, cuando afirmaba al periódico alemán *Sued-deutsche Zeitung* que entre los años 1974 y 1982 más de 3.000 millones de pesetas, procedentes del presupuesto del Servicio de Espionaje Alemán (BND), acabaron en manos de los socialistas españoles a través del partido socialdemócrata germano.

Es conocido que desde el punto de vista del *marketing* electoral resulta extremadamente negativo el reconocer que un partido que se dice de izquierda y profiere el calificativo de socialista antes que el de socialdemócrata es un partido teledirigido desde el extranjero, con un cierto margen de maniobra a nivel táctico, pero con una dependencia estratégica de la Alta Finanza Internacional. De ahí que se cuidasen mucho de ocultar la procedencia de buena parte de sus fondos y de no desdeñar el cinismo más absoluto a la hora de explicar el origen de sus caudales.

La justificación de los dineros que fluían a raudales desde Alemania se basaba, según el portavoz del SPD alemán, Bruno Friederich, en declaraciones realizadas a los medios de comunicación, en febrero de 1976, bajo los siguientes argumentos: «Son muchos los socialistas españoles que han sido procesados o encarcelados, y hay que pagar a los abogados o mantener a familias que se han visto privadas de su cabeza. Cuando el PSOE sea legal en España, se podría convertir en un partido económico independiente».

Ni que decir tiene que en los últimos años del franquismo no fue procesado ni un solo dirigente socialista en España, y por supuesto nunca a partir de 1975. No existía pues represión generalizada contra los socialistas españoles, y si la hubo fue muy puntual y episódica, nunca de manera sistemática y continuada como la que recibieron algunos comunistas. Por consiguiente, no había familias a las que ayudar, ni vocaciones filantrópicas que satisfacer en ese sentido. Pero el dinero existía y no sólo de dinero alemán vive el PSOE. Dinero mexicano, venezolano, judío, sueco, austriaco y (no podía

faltar) dinero de la CIA norteamericana a través de sus brazos sindicales de la AFL-CIO... Pero la consigna es «sólo para las familias de los detenidos».

Que existía el dinero lo confirma el propio Luis Yañez, cuando recuerda el viaje realizado por Felipe González, Pablo Castellano y Nicolás Redondo a México en el año 1976: «El presidente Echeverría nos trató magníficamente, nos ofreció una recepción y a su término quiso hacernos un regalo: era un maletín lleno de billetes. (...) No sabíamos qué hacer con aquello y, por otra parte, era un riesgo salir del país con un maletín cargado de dólares, así que se decidió dejar el dinero a Rafael Fernández para que lo administrara». «El dinero para el partido, pero el maletín para mí», añadiría Nicolás Redondo. Se trataba de un precioso maletín de piel que usaría Nicolás a lo largo de su dilatada actividad política sindical.

Rafael Fernández regresaría muy pronto de aquel exilio dorado para convertirse en senador por Asturias y más tarde presidente del primer Gobierno del Principado de Asturias, cargo del que sería descabalgado por Fernández Villa y su camarilla de pandilleros sindicales. Este —resulta curioso— había sido su protegido precisamente en la época en que actuaba como chivato privilegiado del jefe superior de la temida e «inolvidable» brigada político-social del franquismo en Asturias, Claudio Ramos. Hoy ocupa los cargos de senador y secretario general del sindicato minero asturiano de UGT a pesar de gozar de una pensión en su máxima cuantía como consecuencia de un accidente minero que nunca existió, en un canbalache fraudulento cometido contra la Seguridad Social en connivencia con la dirección de la empresa minera Hunosa en 1995, de la cual forma parte como miembro del consejo de Administración en representación de la Junta General del Principado de Asturias, donde ocupa un escaño de diputado del PSOE... Todo ello al margen sus cargos en las ejecutivas regionales y nacional del partido así como la presidencia de alguna que otra «fundación».

Este personaje de la cuenca minera asturiana, José Ángel Fernández Villa, llegó al PSOE y a la UGT en los inicios de los años 70, procedente de las filas anarquistas y comunistas; allí su misión consistía en participar en cualquier asamblea o reunión que pudiera surgir en las muchas empresas que frecuentó —cada poco era «des-

pedido»—, en especial en la mina Miravalles de Asturias, donde iban a parar todos los despedidos pertenecientes a las organizaciones de izquierda, para posteriormente delatar a los compañeros participantes y «levantar acta de lo acordado» ante la jefatura de la policía «social» franquista. Era la persona más reacia a ocupar cualquier cargo en nuestras organizaciones. Al final, ante la insistencia de los compañeros, siempre se conformaba con «cualquier vocalía» escudándose en una extraña enfermedad de la que nunca se supo y que, sin embargo, no le impedía tener una participación frenética en casi todas las reuniones, más o menos importantes, que se celebraban en los distintos lugares de Asturias, valiéndose para ello de su recién estrenado coche: un Austin Victoria rojo que en aquellos tiempos del 600 era todo un lujo, sobre todo en un hombre que había tenido la desfachatez de cobrar, como «despedido», del dinero de Fusoa que los compañeros recaudábamos en los centros de trabajo para ayuda de los verdaderamente despedidos y detenidos, muchos de ellos debido a sus chivatazos a los hombres de Claudio Ramos (algunas veces al jefe directamente, en un local de la calle División Azul de Oviedo). Pero una vez que se había «despejado el camino», empezó a asumir tal cantidad de cargos sindicales y políticos que llegó hasta la mismísima comisión ejecutiva del PSOE con Felipe González en la presidencia del Gobierno.

Allí en Madrid fue donde se prestó a realizar la sucia misión —rechazada contundentemente desde la Federación Estatal de Mineros de UGT en su momento— de hacer desaparecer la mina del carbón (al igual que había sucedido con todos los Gobiernos europeos) que, entre otras cuestiones, había sido la auténtica fortaleza contra el franquismo, tal y como había ordenado la Alta Finanza Internacional desde su computadora instalada en la planta 72 del rascacielos 666 de Nueva York, para introducir le energía nuclear y otros carbones extraídos por el «negro» a base de sangre, sudor y lágrimas; un carbón que, por otra parte, sirvió para la financiación y el enriquecimiento ilícito y rápido de muchos «sociolistas» de su entorno, muchos de ellos recuperados de Falange. Para su misión gozó de todo tipo de apoyo material y logístico, al margen de los «premios» que constantemente recibe en forma de cargos públicos muy bien remunerados en las instituciones políticas, por las cuales rara vez aparece.

De paso, también se desmantelaba una parte muy importante de Asturias que, como ha quedado dicho en otro capítulo, era una de las llamas que alumbraban aquel socialismo que nunca llegó; los servicios secretos de Carrero Blanco, que no eran tan tontos como a veces comentábamos entre nosotros, había introducido «topos» aquí, en Asturias, entre otros al hombre del «proyecto socialista», el ínclito José Ángel, surgido de aquella operación posfranquista que degeneró en el felipismo, en versión guerrista para él.

Volviendo al tema central del capítulo, por aquellas fechas, también el PSP de Tierno Galván recibía fuertes cantidades de dinero procedente de la socialdemocracia alemana y venezolana, así como del Gobierno libio de Gadafi. Lo primero respondía sólo para mantener otra opción socialista con la que amenazar al PSOE en caso de resistencias internas al proceso de socialdemocratización. Pero el dinero a chorros para PSP de Tierno procedía de Libia. De hecho, la ayuda recibida para financiar la campaña de las elecciones de junio de 1977 se evaluó en más de 60 millones de pesetas y su motivo no era crear obstáculos al PSOE, con el que tenía establecidos sucesivos negocios a través del banco libio de Aresbank, sino contribuir a la creación de un partido socialista marxista, sin compromisos con el Estado de Israel y decidido a establecer sólidos contratos con los países árabes.

No resultaba sorprendente, ni mucho menos, que el coronel libio Gadafi actuase de aquella manera, si tenemos en cuenta las privilegiadas relaciones que unían y unen al PSOE con el socialismo hebreo de Simón Peres. Y es que Gadafi desconfiaba mucho del PSOE, entre otras cuestiones, porque veía en este partido a una «canarrilla de judíos», muchos de ellos sionistas y otros, los menos, sefarditas, situada en la cúpula dirigente: José Federico de Carvajal, Narcís Serra, Carmen García Bloise, Enrique Múgica Herzog y su hermano Fernando, José María *Txiqui* Benegas Haddad, Pablo Castellano, Joaquín Almunia Amann y Rafael Escuredo, entre otros.

Al margen de esa presencia de dirigentes socialistas de ascendencia hebraica que había detectado Gadafi, era también cierto que el PSOE recibía cuantiosísimas ayudas económicas de Israel, tanto del partido socialista hebreo MAPAI como de los sindicatos de él dependientes, el Histadrut. Este «sindicato», pura mezcrolanza de sindicalismo anglonorteamericano, actúa como una gran empresa

dentro del más puro esquema capitalista. A través de un sistema de cooperativas y de su red de *kibbutz* controla hasta un 22 % de la producción en su país. Estos *kibbutz* sirvieron como centros de formación para muchos de los actuales dirigentes socialistas y ugetistas, como el ganador de aquellas «elecciones primarias del PSOE», realizadas para alcanzar la candidatura a la presidencia del Gobierno en sustitución de Felipe González, el egocentrista, ex recaudador del reino, José Borrell.

El Histadrut, dirigido por Abraham Alon, reconocería públicamente en la revista *Tiempo* que «durante muchos años hemos mantenido un considerable apoyo económico y de enseñanza al PSOE y a la UGT» cuya contrapartida necesariamente sería el «establecimiento de relaciones con Israel, si el PSOE y la UGT son consecuentes». ¡Y vaya si fueron consecuentes! Nada más llegar el PSOE a las poltronas gubernamentales, lo primero que hicieron fue el establecimiento de relaciones diplomáticas con el Estado más terrorista del mundo actual: Israel.

Pero a pesar de las inmensas cantidades de dinero recibidas por el PSOE, sin embargo, al acabar el año 1977, éste estaba prácticamente en bancarrota. Sus dirigentes gastaban el dinero de forma eufórica pensando en un triunfo electoral y las tarjetas Visa ya circulaban de manera cotidiana por los grandes restaurantes y los hoteles de lujo, incluyendo los más elegantes puticlubs, donde la empleaban para llevarse chicas a la cama como ha quedado demostrado públicamente. Se habían abierto cientos de sedes sin militantes y además la contabilidad del partido estaba en manos inexpertas o, mejor, acostumbradas a manejar el partido cuando éste cogía entero en un autobús.

El estatus de sus dirigentes había subido de tal manera que, habiendo cambiado de forma descarada la lucha por los intereses sociales por su ambición personal, entraban a saco en el reparto patriomonal de los cargos y presupuestos del Estado, de lo que hicieron su modo de vida, pero todavía no se había pensado en Filipesa y otros escándalos de financiación ilícita del PSOE que significaron el verdadero cáncer de esta mal concebida democracia: la «corrupsoe», a la que dedicaremos capítulo aparte, que llegó a confundir nuestro país con la Italia de los Craxi y compañía. Y es que hubo un tiempo en el que Roma era la nota refinada. Y en aquellos tiempos se mira-

ba a Italia como los primos envidiados, ricos en democracia, del Sur, pero europeos. Y de allí vino Alfonso Guerra con sus padrinnazgos y sus recetas de cocina para servir los platos de la financiación irregular del PSOE, aunque después tenga la desfachatez de afirmar con su peculiar cinismo que «en el PSOE nunca nos llenaremos los bolsillos como los gobernantes de los últimos años, que han hecho de los políticos la basura de este país». ¡Vivir para ver!

La crítica situación económica creada en el PSOE obligó a que Felipe González, acompañado de su amigo el millonario Enrique Sarasola, bajase de nuevo a la arena: organizó un viaje a Nueva York, donde se dedicó especialmente a visitar a dirigentes sindicalistas norteamericanos a fin de recaudar fondos económicos para el PSOE. El regreso se retrasó más de lo previsto y el verdadero motivo de este retraso, lógicamente ocultado, fueron las entrevistas con David Rockefeller y con los máximos dirigentes del supermafioso sindicato del automóvil: el primero aportaría diez millones de dólares y los segundos una cantidad superior a los tres millones de dólares al PSOE.

No era ésta, sin embargo, la primera vez que el PSOE de Felipe González era financiado por dinero yanqui. En realidad la CIA, a través de sus extensos tentáculos sindicales y políticos, ya venía financiando a los partidos socialistas españoles desde los años 60, según se desprende de un exhaustivo y contundente informe, realizado por el entonces embajador español en la vecina Italia, Alfredo Sánchez Bella, y enviado a Franco el 22 de febrero de 1967: «La CIA está patrocinando y pagando todas las acciones contra el régimen español».

En principio, la ayuda a la democracia cristiana después de la Segunda Guerra Mundial se canalizaba a través de las *Nouvelles Equipes Internationales*, con sede en Bruselas, y se extendió a Hispanoamérica para apoyar económica y políticamente a Eduardo Frey, en Chile, y a Rafael Caldera, en Venezuela, para encumbrarlos hasta la presidencia de sus respectivos países. Lo mismo ocurrió en Europa con la CDU alemana, el MPP francés y la DC de Italia en las elecciones de 1948, «pero desde el triunfo de Kennedy —escribe Sánchez Bella— el apoyo se ha transferido a partidos más de izquierda. Su empeño es derribar dictaduras patrocinando regímenes liberal-socialistas-laicos. Es lo mismo que proyectan aplicar en España y Portugal: el socialista y el democristiano, y

para conseguirlo no han vacilado en financiar a los activistas de las consabidas plataformas sindicales de trabajadores y estudiantes como la ASO y la FUDE, ambas mediatizadas por los partidos políticos y dirigidas por los llamados sindicatos de clase, como la UGT, la CNT y el SOC. Fue un error calificar a estas fuerzas de marxistas, porque aunque hay comunistas en ellas, el dinero viene de Norteamérica». Según el embajador español, «por el momento no se proponen como objetivo derribar el Estado, sino importunarlo, preocuparlo, disturbarlo, no dejarlo vivir, para que se avenga al pacto, al compromiso de una coexistencia de lo legal con lo ilegal, que de manera paulatina pasaría a ser, si fuera al menos mediana-mente tolerado, lo que tuviera la mayor vigencia en la opinión pública, con aspiraciones de suceder al régimen una vez hubiera desaparecido el Caudillo».

Por eso subvencionan los conflictos surgidos en Asturias y Vizcaya, así como los conflictos universitarios de Madrid y Barcelona en apoyo de los huelguistas bajo el grito unánime de «Opus, no; mineros, sí».

La postura del papa Juan XXIII y los nuevos aires que respiraban los obispos y cardenales de la Curia fueron determinantes en ese cambio de apoyos. Su actitud había convalidado a la CIA de que era mejor apoyar a los socialistas que a los democristianos. «La CIA, pues, no es de izquierda ni de derecha. Es norteamericana y nada más, y actúa conforme a lo que cree bueno para los Estados Unidos», concluía el informe de Sánchez Bella.

A modo de corroboración del informe aludido, el *Bulletin D'Información* de la Confederación Internacional de Sindicatos Libres en la época afirma que se habían enviado más de 100.000 dólares para Asturias en «ayuda de los despedidos y detenidos» surgidos en el conflicto minero. En otro despacho del 17 de mayo de 1967, el mismo Sánchez Bella volvía a insistir en lo mismo: «Muchos diplomáticos americanos consideran el socialismo como el mejor instrumento para la lucha contra el comunismo. Muchos de los movimientos contra el régimen español tienen como motor el dinero norteamericano...».

Por si hubiera alguna duda al respecto, el hombre de la Trilateral en España, Luis Solana, sobrino de don Salvador de Madariaga y hermano de Javier, el otanista —por aquel entonces dedicado a

llevar los asuntos internacionales que ayudaban al PSOE—, lo confirmaba posteriormente de una manera muy explícita: «Todavía guardo la bolsa —recuerda Solana— en la que a veces traía los millones de Alemania para ingresarlos en una caja fuerte del Banco Urquijo. (...) El dinero del exterior procedía de organizaciones sindicales y socialistas y era una continuación de la ayuda a la lucha antifranquista. (...) Los sindicatos norteamericanos, sobre todo el textil, nos ayudaron mucho. Venían personalmente a Madrid para traernos el dinero, y esa conexión con los EE.UU. venía avalada por la socialdemocracia alemana».

En la embajada de EE.UU. en Madrid había un personaje apellidado Caldwell que estaba dedicado específicamente a los partidos de la oposición. Tenía un especial interés en la posición de los socialistas con EE.UU. y la OTAN y sus relaciones con los comunistas. «Caldwell —cuenta Solana— simpatizaba con el PSOE de Felipe González y era una de las personas mejor informadas de cómo se movía la oposición. En la embajada no nos dieron ayudas directamente, pero crearon el ambiente favorable. El instrumento que utilizaron para ayudarnos fueron los sindicatos. (...) Pero nuestro gran padrino —prosigue— era el SPD alemán».

Y por si todavía quedara la mínima duda al respecto, el mismísimo Rey de España, Juan Carlos I, «levantó acta notarial sobre la financiación al PSOE», cuando en una carta de fecha 22 de junio de 1977 enviada a «su hermano» el Sha de Irán —citada en el libro del historiador Charles Powell en su biografía sobre don Juan Carlos— describe los apoyos con que contaron los distintos partidos en las elecciones que acababan de celebrarse: «La derecha tuvo el apoyo de los bancos; los socialistas, de Willy Brandt, Venezuela y otros socialistas europeos, y los comunistas, el de los medios usuales».

Resulta muy curioso constatarlo con *El Socialista* de 16 de noviembre de 1967 en la mano, donde aparece un artículo firmado por Rocha Alba y titulado «Luminoso porvenir para el partido socialista y la democracia cristiana», en el cual se afirma que la apertura en España en realidad abre el camino a estos dos partidos, que serán los dueños del futuro.

En definitiva, el dinero norteamericano funcionó con pleno éxito a través del sistema arterial regulado por la sístole y diástole política de Willy Brandt, señor de señores, rey de reyes, Salomón del socia-

lismo, tierno, gris y bien vestido de la socialdemocracia occidental. A partir de ahí el socialismo ya no es enemigo para los Estados Unidos. ¡Qué bien lo reflejaba el propio Felipe González!: «Prefiero morir de una puñalada en el metro de Nueva York que vivir en una dacha moscovita». Claro que, con tanto dinero, nunca tuvo la intención de vivir para morir en el metro neoyorkino.

ACABAR CON LOS COMUNISTAS

Apenas habían transcurrido dos semanas de la celebración del congreso de Suresnes de 1974 cuando tuvieron lugar los primeros contactos informales del general Franco con el PSOE. En aquella reunión secreta, hoy documentada y legítimamente reseñable, cuya representación asumió de forma estrictamente personal el propio Felipe González en nombre del PSOE, los enviados del general dejaron encima de la mesa dos aspectos muy claros y fundamentales: la promesa fiel de ninguna alianza con los comunistas y el cese de las manifestaciones contra la institución monárquica.

Se trataba, en definitiva, de aislar a los comunistas y evitar en lo posible manifestarse contra el futuro Rey. Lo primero fue cumplido con creces, pero en lo segundo se notaron pocos cambios a juzgar por un artículo, escrito por Alfonso Guerra, que apareció en *El Socialista* de octubre de 1976, afirmando que Juan Carlos de Borbón era «cómplice de cuantos crímenes se habían cometido en nombre del Movimiento Nacional». Es lógico pensar que Guerra no estuviera al tanto de las negociaciones que tan secretamente llevaba a cabo Felipe González, porque, de lo contrario, es posible que se hubiera armado la marimorena. Además, estas afirmaciones escritas por Guerra contrastan con las efectuadas en las mismas fechas por Felipe González, ante la prensa extranjera, sobre la forma de Estado que habría que asumir en nuestro país: «Si el pueblo español escoge la vía de la monarquía, nosotros respetaremos, por supuesto, esta decisión, pero continuaremos manteniendo nuestras posiciones republicanas».